

MARÍA TERESA LEÓN Y DOÑA JIMENA, MUJERES DE ESPAÑA

CASTILLO ROBLES, María José*

maria.kast@hotmail.com

Fecha de recepción:

6 de julio de 2013

Fecha de aceptación:

23 de julio de 2013

Resumen: El principal objetivo de este artículo es analizar la biografía de doña Jimena publicada por María Teresa León en 1960 con el título *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*. En esta biografía los datos históricos conocidos sobre doña Jimena se imbrican con episodios procedentes de fuentes literarias. Además, María Teresa León encarna en doña Jimena dos de los motivos temáticos recurrentes en su producción literaria: la guerra civil española y el exilio del bando republicano. Y lo hace desde una perspectiva feminista, con un énfasis especial en la vida cotidiana de las mujeres, que viven de una manera particular tanto las guerras en las que participan sus maridos como el destierro, al que los acontecimientos políticos las abocan.

Palabras clave: María Teresa León – Doña Jimena – El Cid – Biografía- Crítica literaria

Abstract: The main objective of this paper is to analyze Doña Jimena's biography which was published by María Teresa León in 1960 and entitled *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*. In this biography, historical data about Jimena coexist with episodes from literary sources. Moreover, Jimena embodies two recurring thematic motifs in María Teresa León's literary works: the Spanish Civil War and the Republican exile. And so from a feminist perspective, with special emphasis on women's daily lives, who suffer in a particular way both wars and exile involving their husbands.

Keywords: María Teresa León – Doña Jimena – El Cid – Biography – Literary Criticism

* Este trabajo ha sido realizado durante el período de tutela académica dentro del programa de doctorado «Estudios Superiores de Lengua y Literatura», del que es responsable el Dpto. de Filología de la Universidad de Almería, y ha contado con la guía de la Dra. Isabel Navas Ocaña, profesora del área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de dicha universidad.

Philologica Urcitana

Revista Semestral de Iniciación a la Investigación en Filología

Vol. 9 (Septiembre 2013) 17-41

Departamento de Filología – Universidad de Almería (ISSN: 1989-6778)

1 JIMENA: PERSONAJE HISTÓRICO Y LITERARIO

La investigación histórica siempre ha utilizado la literatura como fuente de conocimiento, pero el historiador no puede olvidar que la literatura es heredera de una época, que el autor del texto literario está mediatizado por su entorno y que al convertir la historia en literatura, consciente o inconscientemente, expresa su subjetividad (Franco Rubio, 2008: 17). El personaje literario se crea a partir del histórico, pero insertando a este último en el contexto histórico y social del autor del texto literario, esto es, acomodándolo a su época y utilizándolo según los intereses del momento. Podemos ver un ejemplo claro en la Doña Jimena del *Cantar*, que aparece como una mujer honesta y virtuosa, mientras que la Doña Jimena del romancero se muestra impetuosa y lujuriosa (Navas Ocaña, 2008)¹. Dice Gloria A. Franco Rubio que la interpretación de los hechos históricos se hace desde la realidad de la época del autor, desde su ideología y mentalidad:

En este sentido, es muy importante saber captar la transposición de la subjetividad del autor, situando en otro tiempo histórico del pasado una casuística y una problemática que, en realidad, no tenían cabida en aquel período pero que le va a permitir elaborar un discurso acorde a la situación de su tiempo proporcionándole la oportunidad de reflejar su propia versión (2008: 24).

Y añade que si el autor es una mujer, probablemente cuestione los modelos que ha ido ofreciendo la sociedad, y entonces la creación literaria será «un ejercicio utópico y/o reconstructivo de esa realidad en la que se encuentra inmersa» (2008: 29).

María Jesús Fuente también reflexiona sobre la importancia de las fuentes literarias para conocer la historia de las mujeres:

La lectura de estas fuentes hay que hacerla, pues, con cautela. Si hay que desconfiar de su fidelidad histórica, no se puede olvidar que la imagen de las mujeres que han transmitido a lo largo de las generaciones, aunque haya sido en parte tergiversada ha podido mantener vivos algunos valores que sobrevivan a través de los siglos (2008: 96).

¹ Isabel Navas destaca el hecho de que la Doña Jimena del *Cantar* quiera casarse con el Cid, quien ha matado a su padre, para solucionar un conflicto de índole política, mientras que en el romancero este suceso se trata como una consecuencia de la poca inteligencia de las mujeres, de su poco sentido común. Añade que «la Jimena del cantar de gesta, modelo de sumisión y pasividad, adquiere en lo que se ha considerado “la continuación de la tradición épica”, es decir, en las crónicas y en los romances, un mayor protagonismo que contradice en cierta medida dicho modelo. Aparece como una mujer activa, capaz de expresar sus deseos y de defender sus derechos, y se muestra mucho más proclive a evidenciar emociones» (2008: 327-328).

Pues bien, en *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960), María Teresa León reconstruye la realidad de Doña Jimena para hablar de su tiempo y de sus propias preocupaciones.

De la Jimena histórica poco se sabe. María Teresa León utiliza los datos sobre la materia cidiana proporcionados por Don Ramón Menéndez Pidal en *La España del Cid* (1967). Jimena era hija de Diego, conde de Asturias o de Oviedo, y de Jimena, hija de Alfonso V de León, y por tanto nieta de Alfonso V de León y prima de Alfonso VI (Smerdou Altolaquirre, 2004: 27) o, según las teorías de Menéndez Pidal (1967: 173), bisnieta de Alfonso V y sobrina de Alfonso VI. Majorie Ratcliffe (1981: 239) dice que el padre de Jimena se llamaba Diego Rodríguez, conde de Oviedo, y la madre, de nombre Cristina, por la que heredaba el linaje real, era nieta de Alfonso V, por lo que Jimena Díaz era prima de Alfonso VI. En cualquier caso, Jimena descende de la realeza.

No se conoce con precisión la fecha de nacimiento de Jimena, pero teniendo en cuenta que en esta época las mujeres se casaban con quince o dieciséis años, Jimena hubo de nacer entre 1056 y 1058² y probablemente fue educada junto a las infantas Elvira y Urraca en la corte de León y Castilla, donde debió de conocer al Cid (*ibid.*: 239). El casamiento de Jimena con Rodrigo Díaz, hijo de Diego Laínez y de la hija de Rodrigo Álvarez³, se celebró en el año 1074 y obedecía a una estrategia política, «una alianza reconciliadora entre castellanos y leoneses» (Menéndez Pidal, 1967: 174). Fruto de este matrimonio nacieron tres hijos: Diego, Cristina y María⁴.

Existe una teoría, que parece estar avalada más por la tradición literaria que por los datos históricos, sobre el matrimonio de Rodrigo Díaz con Jimena Gómez, hija de don Gómez de Gormaz. El benedictino fray Prudencio de Sandoval, que en el siglo XVII intentó distinguir lo que había de verdad histórica y de leyenda en los episodios cidianos, descubrió

² Gonzalo Martínez Díez (2010) también establece la fecha de nacimiento del Cid partiendo del año en que contrajo matrimonio. En su opinión, el Cid nació en 1048 y no en 1043 como indica Menéndez Pidal, pues si se casó en 1074, no es posible que en aquella época lo hiciera con más de treinta años, a no ser que hubiera enviudado. Según Majorie Ratcliffe, a causa de las luchas fratricidas entre los sucesores del rey Fernando, el matrimonio entre Rodrigo y Jimena pudiera haberse visto retrasado.

³ Según Menéndez Pidal (1967: 107), Diego Laínez era descendiente de Laín Calvo, uno de los jueces que habían sido elegidos por los castellanos para gobernar Castilla cuando ésta se rebeló contra el rey de León. Gonzalo Martínez Díez (2010), sin embargo, piensa que esa historia es fruto de la leyenda y que se inventó para ligar a Laín Calvo con el linaje del Cid y no al revés. Respecto a la madre del Cid, Menéndez Pidal (1967: 108) dice no saber cómo se llamaba, pero sí que era hija de Rodrigo Álvarez. Martínez Díez (2010) plantea la posibilidad de que se llamara Teresa. María Teresa León (1960: 76), cuando habla de la genealogía del Cid, le atribuye el nombre de Teresa a la abuela del Cid.

⁴ Cristina y María reciben en el *Cantar* el nombre de doña Elvira y doña Sol respectivamente.

en el convento benedictino de San Juan de la Peña una tumba que contenía los restos de Jimena Gómez, en cuyo epitafio se decía que era la esposa del Cid: «Hic resquiescit Eximinia Gomez, mulier Roderici Cid, vulgo Ruy Diaz» (*apud* Ratcliffe, 1981: 240). Este hecho llevó a Sandoval a pensar que el Cid se había casado dos veces, la primera, con Jimena Gómez, y la segunda, con Jimena Díaz. Otros estudiosos como Risco pensaron que la inscripción era apócrifa, producto de la imaginación del siglo XIII. (*ibid.*). Ratcliffe no cree que esta teoría sea tan descabellada, teniendo en cuenta de nuevo la fecha en que Jimena Díaz y Rodrigo contrajeron matrimonio (1074), pues para entonces el Cid tendría más de treinta años y es muy probable que hubiera enviudado o incluso que se hubiera divorciado, lo cual era posible en la Castilla del siglo XI. Y añade que Diego, el hijo del Cid, pudo haber sido fruto de ese supuesto primer matrimonio⁵.

Menéndez Pidal (1967) desestima la hipótesis de Sandoval y de los que creyeron en ella, como fray Juan de Arévalo, Berganza, Pereira Bayam, Johann von Müller y Monseignat, pues piensa que no quisieron desprenderse del más famoso episodio de la leyenda cidiana. Él, en cambio, lo atribuye a los juglares tardíos y a la imaginación de los poetas. La leyenda es la siguiente: Rodrigo Díaz tuvo lid con el conde don Gómez de Gormaz porque había agraviado a su padre. En este duelo, Rodrigo mató al conde y luego Jimena Gómez, hija del conde muerto, se presentó ante el rey Fernando pidiendo justicia y rogándole que, para poder perdonar el homicidio, la casara con Rodrigo.

Como vemos, la literatura se mezcla con la historia y, aunque la épica castellana sea considerada como realista, es difícil desemparejarlas. Además, es fundamental que no perdamos la perspectiva de la función de la épica, que no era otra que la de engrandecer la figura del héroe, por eso las mujeres ligadas a él no podrán aparecer como osadas, pues le harían sombra, le robarían protagonismo. De ahí que la Jimena del *Cantar* y sus hijas sean sumisas, porque de esta manera ayudan a «perfilar la personalidad heroica del Cid» (Navas Ocaña, 2008: 343).

El hecho de enaltecer al héroe da lugar a que se tergiversen episodios reales o incluso a que se omitan. Por ejemplo, en el *Cantar* no se hace ninguna referencia a Diego, el hijo de Rodrigo y Jimena. Bluestine concluye que la presencia masculina de Diego hubiera suplido la ausencia del padre en el destierro y, por lo tanto, hubiera mermado la tensión dramática. Igualmente el autor del poema no se refiere en ningún momento al suceso histórico de que

⁵ Más adelante, Ratcliffe (1981: 251) señala que Diego, el hijo de Rodrigo y Jimena, nació en julio del año 1075 y que este dato es obviado por el *Cantar de Mio Cid*, pero no por la *Primera Crónica General* ni por otras crónicas posteriores.

Jimena defendiera Valencia⁶ una vez muerto el Cid, pues de haberlo hecho se hubiera empequeñecido la figura del guerrero (Navas Ocaña, *ibid.*: 344). Sin embargo, lo que no se omite, sino todo lo contrario, es el papel de esposa y madre de doña Jimena.

Sobre la historicidad del *Cantar* se ha escrito mucho y se han emitido juicios contrarios. Lo que parece claro es que el *Cantar* no dispone de la libertad creadora de la épica francesa, pero tampoco sería acertado considerarlo una crónica. Martín de Riquer apostilla que «las gestas son esencialmente la historia para el pueblo, el cual no pretende distinguir entre lo cierto y lo tradicional, y al lado de datos seguros admite leyendas bellas, y para quien el pasado no tiene un valor simplemente informativo sino, en gran manera, ejemplar» (1994: 34). Así, junto a lo histórico, aparecen otros episodios legendarios como el de las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión o la afrenta del robleal de Corpes.

Así pues, a diferencia del Cid, que conserva sus rasgos de héroe épico, Jimena va transformando su temperamento y asumiendo a través de distintos textos literarios los cambios ideológicos de cada época. Esto sucede porque los personajes femeninos de la épica, al contrario que los masculinos, que se presentan como «héroes rotundamente acabados, circunscritos al pasado más absoluto y sin posibilidad ninguna de cambio», admiten variantes, ya que están menos identificados con los valores patriarcales y llegan a ser «agentes de cambio cultural» (Navas Ocaña, 2008: 329). Por ello, cuando se recrea la historia cidiana en la literatura, los valores del Cid, nuestro héroe nacional por excelencia, no se ven apenas alterados, mientras que el personaje de doña Jimena permite desarrollar nuevas cuestiones y presentar conflictos diferentes, acordes a la realidad del autor. Ratcliffe señala que «la Jimena literaria se presta a todas las épocas, a todos los ideales y responde a las necesidades del autor, de la época y del público» (1992: 673). De hecho, a partir del siglo XIII, con la llegada de la poesía cortesana y los nuevos intereses del ser humano, que se van alejando de la vida bélica y se detienen cada vez más en el ámbito de los sentimientos, Jimena deja de ser «el personaje paradigmático de la épica», un pilar básico para el héroe, y pasa convertirse en un personaje vivo (Navas Ocaña, 2008: 328-329)⁷.

⁶ Según Menéndez Pidal (1967), el reino de Valencia fue sostenido por Jimena durante casi tres años después de la muerte del Cid.

⁷ La finalidad de la literatura, paralela a los intereses de la sociedad, es muy diferente en los últimos siglos de la Edad Media en los que la literatura comienza a ser entendida como entretenimiento. Sin embargo, la épica tenía un sentido didáctico, era el vehículo para ilustrar las conductas sociales. Menéndez Pidal dice al respecto: «La épica no es un ocioso divertimento, es arte para la vida, para la vida pública, [...] para levantar el ánimo a pensamientos hazañosos» (*apud* Ratcliffe, 1981: 2).

La Jimena de la literatura medieval, con excepción del *Cantar*, donde su función es ser un apoyo para que el héroe luzca, se presenta de forma muy humana. La *Historia Roderici*, la *Primera Crónica General*, la *Crónica de los Veinte Reyes*, las *Mocedades de Rodrigo*, la portuguesa *Cronica Geral de Espanha* o los romances se acercan bastante a la Jimena histórica (Ratcliffe, 1992: 674).

Además de la clara diferencia entre la Jimena del *Cantar* y la del romancero (Navas Ocaña, 2008), podemos ver otros ejemplos de cómo el personaje literario es utilizado en distintos contextos históricos y sociales. *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro parte de la muerte del Conde Lozano, padre de Jimena, a manos de Cid, para desarrollar en su obra la problemática del honor (*ibid.*: 329), y precisamente el personaje de Jimena es el que plantea el conflicto con su queja, «¡Ay, santo honor, mucho vales, / pero a mí mucho me cuestas!» (García Lorenzo, 1978: 35), debatiéndose entre el amor al héroe y la ley del honor. También en *La jura de Santa Gadea* de Hartzenbusch y *Anillos para una dama* de Antonio Gala, el personaje de Jimena se crea partiendo de la realidad del autor, y por ello es natural que:

la romántica Jimena de Hartzenbusch enfatice la pasión amorosa, y que, en fin, la contemporánea Jimena de *Anillos para una dama*, creada apenas unos años antes de la muerte de Franco, se interrogue sobre cómo vivir tras la desaparición de quien ha sido el guía espiritual de su pueblo, y acabe por rebelarse contra la Jimena que envejeció a la sombra del héroe, confesando su amor, ahora libremente elegido, por Minaya (Navas Ocaña, 2008: 329).

Por su puesto, como veremos a lo largo de este trabajo, *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, sirve de vehículo para que María Teresa León exprese la angustia del destierro y ponga de manifiesto la problemática de las mujeres españolas.

2 EL CID EN LA ESPAÑA DE 1939

La obra literaria no opera en el vacío sino que se inserta en el orden lineal y permanente de la tradición. Entre ambas se establece una relación dialéctica, pues el presente modifica el pasado y el pasado se prolonga en el presente, que tiende a liberarse de lo discontinuo mediante la simultaneidad y a crear con lo ya creado un mundo nuevo (López Castro, 2008: 455).

¿Qué modificaciones sufre el pasado cidiano a partir de 1939? ¿Qué se prolonga de ese pasado en el presente? Tanto franquistas como republicanos exaltaron la figura del Cid Campeador como símbolo de la identidad nacional, aunque lo hicieran por motivos

distintos y desde ópticas diferentes: los primeros destacaron la faceta guerrera del conquistador, patriota y fiel al rey, que consiguió grandes victorias para unificar España, y los segundos se fijaron en el lado más humano del militar, en los sufrimientos por los que tuvo que pasar al ser injustamente desterrado. Por ello, los escritores republicanos españoles que sufrieron el exilio encuentran en el Cid y en su esposa doña Jimena un espejo donde mirar sus desconsuelos, pues representan la nostalgia por la patria y el deseo del regreso.

El Cid se ha asociado en muchas ocasiones a los valores tradicionales y conservadores. No en vano el Estado franquista lo utilizó para legitimarse. La visión del Cid que se ha transmitido desde algunas obras literarias, como por ejemplo *Los paladines iluminados* de Salaverría (1926), nos muestran al héroe como un símbolo guerrero, conquistador de tierras y «defensor de un estricto y jerarquizado orden social» (Mateos, 2001), visión mucho más compatible con un Estado dictatorial que con una sociedad democrática.

Las teorías de Ramón Menéndez Pidal, quien destacó el patriotismo y la fidelidad del caballero al rey, fueron utilizadas por el franquismo para sus fines propagandísticos. El enfoque que Menéndez Pidal ofrece del Cid como héroe nacional «contribuyó, aunque ésta no fuera su intención primitiva, a alimentar la necesidad de un caudillo militar que devolviese a España la unidad de destino histórico e imperial» (López Castro, 2008: 458).

Por otro lado, los exiliados volvieron los ojos al caballero medieval que, aun siendo leal, fue injustamente tratado y expulsado de su tierra:

Para los exiliados, el Cid es uno de los eslabones más fuertes de la cadena que los anuda a aquella tradición cultural, transfigurada ya en una España ideal de la que se sienten herederos y legítimos representantes, y su propia experiencia histórica no haría más que acentuar la identificación con el héroe poético e histórico cuyo relato comienza con un destierro. Pocos personajes de la cultura nacional podían encarnar tan ajustadamente la metáfora del exiliado como Rodrigo Díaz de Vivar, imagen ideal del hombre justo que, por traición, sufre un amargo destierro cuya adversidad sabrá superar gracias a su independencia y sus capacidades propias. [...] Por eso la sombra del Campeador acompaña la dispersión española de 1939, sobre todo en su periplo americano, donde la lengua común y la tradición compartida eran tierra abonada para que calaran las nuevas formulaciones del mito que proponen los escritores del exilio (Mateos, 2001: 132-133).

El tema del Cid es muy frecuente en los escritores del 27, preocupados por unir la tradición con la innovación, incluso antes de que llegaran los difíciles años del exilio: desde Federico García Lorca y Miguel Hernández, en cuyas obras hay menciones al héroe

castellano⁸, pasando por Pedro Salinas, que, además de la versión modernizada del *Poema de Mío Cid*, escribió tres ensayos sobre la materia⁹, hasta Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Jorge Guillén y Rafael Alberti¹⁰ (Díez de Revenga, 2001-2002; Mateos, 2001; López Castro, 2008, Mata Induráin, 2009).

Mientras que en el bando nacional el Cid interesaba para insistir en la unidad de Castilla y de España¹¹, durante la guerra civil Rodrigo Díaz de Vivar fue para los republicanos un símbolo de resistencia y de defensa¹². Ya en el exilio, el héroe aparece en la literatura como un ejemplo de grandeza humana con el que los desheredados de la tierra española se identifican, pues, ya lo predijo Unamuno, «como el Cid tendrán que salir los españoles venideros de su solar, para ganar las batallas de España» (*apud* Mateos, 2001: 133).

El tema del Cid está muy presente en la obra de Rafael Alberti. El mito castellano aparece en la poesía del escritor gaditano una vez en el exilio. A principios del verano de 1939 compra en París *El Cantar de Mío Cid. El Romancero del Cid*. Poco después, «entre Francia, el mar y la Argentina» escribió «Como leales vasallos», que forma parte del libro

⁸ Díez de Revenga (2001) se refiere a una carta que Federico García Lorca escribe a su amigo Jorge Zalamea en 1928 en la que dice: «¡Pero me defiendo! Soy más valiente que el Cid (Campeador)»; y menciona especialmente el texto que dedicó en *Impresiones y paisajes* a doña Jimena con motivo de su visita al monasterio de San Pedro de Cardeña: «La figura amorosa de Jimena que describe la formidable leyenda aún parece esperar al caballero más amante de las guerras de su corazón, y esperar siempre, como esperan los Quijotes a sus Dulcineas, sin notar la espantosa realidad». En el caso de Miguel Hernández, el Cid Campeador aparece en dos de sus poemas: «Abril gongorino», perteneciente a *Poemas sueltos*, y «Llamo a la juventud», incluido en *Viento del pueblo*.

⁹ «La reproducción de la realidad: El *Poema de Mío Cid* y un romance viejo», que forma parte de *La realidad y el poeta* (1940), «El *Cantar de Mío Cid*, poema de la honra» (1945) y «La vuelta al esposo: ensayo sobre estructura y sensibilidad en el *Cantar de Mío Cid*» (1947). El tema esencial del segundo de estos ensayos es el destierro. Salinas se identifica con el héroe desterrado que tiene que recuperar la honra que el rey y los infantes de Carrión le han quitado.

¹⁰ Dámaso Alonso, «Estilo y creación en el *Poema del Cid*» (1941); Gerardo Diego, «El ritmo en el *Poema del Cid*» (1943). El poema de Jorge Guillén dedicado al Cid se titula «Al margen del *Poema de Mío Cid*. El juglar y su oyente». Años más tarde, en su libro *Homenaje* hay otro poema dedicado a «Doña Jimena» además de una cita que procede del *Poema de Mío Cid*: «Las palabras son puestas, los homenajes dados son» (Mata Induráin, 2009: 394).

¹¹ López Castro (2008: 459) hace referencia a la obra de Nicolás Sanz y Ruiz de la Peña, *Romancero de la Reconquista* (1937), donde se compara la época del Cid y la de Franco.

¹² Podemos encontrar ejemplos en la prensa diaria de la época. El diario *Ahora* publicó en diciembre de 1937 un artículo anónimo titulado «El Cid, forjador de España y de su independencia», donde se destacan las batallas del caballero medieval contra moros y alemanes (Mateos, 2001: 136).

Entre el clavel y la espada (1941). Es una serie de ocho poemas dedicados al Cid como hombre derrotado y desterrado. Alberti encabeza y cierra cada poema con una cita del poema medieval, estableciendo así un paralelismo entre los sentimientos del héroe, ahora más humano, y los suyos propios. Años más tarde escribió el texto *Cantar de Mío Cid: Cantata heroica en tres episodios*, una obra inédita e inacabada que atesora la Biblioteca Nacional de España (Mateos, 2001: 138; López Castro, 2008: 459; Mata Induráin, 2009: 394).

3 EL CID Y DOÑA JIMENA EN LA OBRA DE MARÍA TERESA LEÓN

En la Quinta del Mayor Loco, junto al Paraná, volví a ver pájaros de enormes alas. Allí escribí las páginas de Doña Jimena Díaz de Vivar. Mientras Rafael navegaba por el río su angustia española, yo regresaba a mi infancia donde el cuento del Cid aparece siempre. Y no por ser burgalesa mi madre, sino por las horas de mi infancia pasadas en la casa de mi prima Jimena (León, 1970: 430).

El hecho de ser burgalesa por parte de madre, de haber vivido su adolescencia y primeros años de su juventud en Burgos¹³ y, por supuesto, la estrecha relación que unía a María Teresa León con su prima Jimena, hija de Ramón Menéndez Pidal y de María Goyri, hicieron que el mito del Cid siempre estuviera presente en la obra de María Teresa León desde el comienzo de su carrera literaria. El héroe castellano ya ocupó un lugar protagonista en aquellos primeros escritos que la joven «Isabel Inghirami»¹⁴ publicó en el *Diario de Burgos* y en la revista bonaerense *Burgos*¹⁵.

¹³ María Teresa León vivió en Burgos entre 1916 y 1930, por lo que en 1921 vivió en primera persona los actos que tuvieron lugar en la ciudad con motivo del VII Centenario de la primera piedra de la Catedral. Entre otras actividades, se trasladaron desde el monasterio de San Pedro de Cardeña hasta la Catedral los restos mortales del Cid y de doña Jimena (Estébanez Gil, 2007: X).

¹⁴ Seudónimo que utilizó María Teresa León para firmar los artículos que publicó en las revistas *Diario de Burgos* y *Burgos* durante los primeros años de su trayectoria como escritora.

¹⁵ Se trata de los siguientes textos: «Temas de ayer y de hoy. Nuestra epopeya», «Una hazaña del Cid», «El país de la epopeya» y «El monumento al Cid». «Temas de ayer y de hoy. Nuestra epopeya», *Diario de Burgos*, 13 de abril de 1926, pág. 1. En este artículo María Teresa León sostiene que el Cid representa los valores de la Edad Media, del siglo XI, y que en torno a su figura se crea una literatura al alcance de todos. También hace una crítica positiva a la edición en castellano moderno que Pedro Salinas hace del *Cantar* y que publica en la *Revista de Occidente*, y declara que nuestro poema épico ha sido valorado con anterioridad en el extranjero que en España.

Muchos años después, ya en el exilio, María Teresa León escribió la biografía novelada de nuestro héroe legendario, *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, dedicada a su hija «Aitana Alberti León, de la casta de los de Burgos». Esta dedicatoria y el estilo diáfano de la narración indican que es un libro dirigido a un público juvenil. Fue publicado en Buenos Aires en 1954 por Peuser y más tarde, en 1962, por la Compañía General Fabril Editora, una editorial también bonaerense que lo reeditó en numerosas ocasiones (1968, 1972, 1976, 1978, 1979, 1984 y 1986). También fue traducido al ruso por la editorial Xypoa Anteratyra en 1958 y al polaco ese mismo año (Estébanez Gil, 2004: 148 y 2007: XI).

El texto presenta una estructura tripartita. Los siete primeros capítulos relatan las mocedades de Rodrigo, los siete siguientes hablan de su madurez, y los siete últimos, de su vejez, muerte y conversión en mito¹⁶. A lo largo del texto, la escritora presenta las dos

«Una hazaña del Cid», *Burgos*, Buenos Aires, mayo de 1928, págs. 18-19. Es un relato breve, narrado a modo de leyenda, en el que un peregrino leproso hace descanso en Burgos. La gente del pueblo, al darse cuenta de que es leproso, se aparta de él y de una niña a la que ha tocado. Pero aparece un caballero que ayuda sin escrúpulos al enfermo, montándolo en su caballo y alejándolo de allí. Alguien grita que el caballero es Rodrigo Díaz de Vivar y la niña, sorprendida, besa la mano con que el Cid ha tocado al leproso. María Teresa León rescribe esta leyenda del ciclo del Cid en la que el leproso resulta ser San Lázaro.

«El país de la epopeya», *Burgos*, Buenos Aires, octubre de 1928, pág. 1. María Teresa León describe aquí los lugares de Burgos por los que pasó el Cid y en los que habitó su familia. Se detiene especialmente en el monasterio de San Pedro de Cardeña. Y aprovecha la ocasión para hacer comentarios sobre el atraso social y cultural que sufre Castilla, pero sin perder la esperanza en las posibilidades que ofrece esa tierra y sus gentes. Siguiendo el recorrido del Cid, compara el paisaje contemplado por el héroe con la transformación que ha ido sufriendo a lo largo del tiempo, con la nueva Castilla que evoluciona, que comienza otra vez su gesta.

«El monumento al Cid», *Burgos*, Buenos Aires, noviembre de 1928, págs. 1 y 2. En este ensayo, María Teresa León reclama que se construya en Burgos un monumento al Cid como símbolo de las virtudes castellanas, que sirva como enseñanza y estímulo de los que lo visiten.

¹⁶ La primera parte, con aroma de tragedia clásica, cuenta cómo el Conde Lozano, padre de Jimena, abofetea al consejero real Diego Laínez, padre de Rodrigo. La ofensa es vengada por Rodrigo con la muerte del Conde. Jimena solicita al rey Fernando que se haga justicia y éste resuelve el litigio uniendo a Rodrigo y Jimena en matrimonio. Rodrigo Díaz, Alférez de Castilla, presta sus servicios al rey Sancho, mientras disfruta también del descanso y la paz del hogar. La muerte del rey Sancho devuelve al Cid a sus obligaciones, haciendo jurar al rey Alfonso que no ha tomado parte en la muerte de su hermano.

La segunda parte, narra la etapa madura del personaje. Comienza con el destierro y la despedida del Cid y sus mesnaderos de las familias; se recrea el episodio de los judíos Raquel y Vidas, el de la niña burgalesa y las victorias del Cid que culminan con la conquista de Valencia.

La tercera parte narra cómo el Cid, señor de Valencia, obtiene el perdón real. El rey devuelve al guerrero sus tierras, le levanta el destierro y permite que su familia pueda juntarse con él en Valencia. Las bodas de las

esferas en las que se mueve el Cid: por un lado, la vida pública en la que el Cid desarrolla sus actividades como militar, y por otro lado, la vida privada en la que se muestra como hombre, buen padre y esposo. María Teresa León se aoya en sus conocimientos sobre el personaje histórico y en obras literarias anteriores, por lo que apenas deja sitio para la imaginación.

Las diferentes fuentes de la tradición literaria en las que se inspira la narradora, tanto para la biografía del Cid como para la de Doña Jimena, son el romancero, el *Cantar de Mío Cid*, *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro, *Le Cid* de Corneille, y, por supuesto, *La España del Cid* de Menéndez Pidal (Mainer, 1993: 16; Smerdou Altolaguirre, 2003: 20; Loureiro, 2005: 217; Estébanez Gil, 2007: XII).

Sin embargo, aunque las fuentes son las mismas, María Teresa León aprovecha el escueto papel que los documentos históricos y la tradición literaria le han concedido a la esposa del Cid, y en contraste con la biografía del héroe, en la de Doña Jimena, a falta de más datos, tiene licencia para apartarse de la tradición y crear con más libertad un personaje a su medida. No olvidemos que los personajes femeninos de la épica son considerados «agentes de cambio cultural» (Navas Ocaña, 2008: 329), y por ello pueden ser recreados asumiendo una problemática de otro tiempo y de otro lugar.

Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes fue publicado en 1960 en Buenos Aires por la editorial Losada¹⁷ y está dedicado al actor francés Gérard Philippe, «enterrado con el traje del Cid Campeador, que vistió en las noches de su gloria escénica». Es una obra de gran lirismo. En ella María Teresa León opta por una escritura preciosista, y ornamentada, totalmente diferente al estilo que utiliza en la biografía del Cid, donde predomina la sencillez y la concisión. En esta biografía la autora inventa libremente el mundo cidiano, recreando la vida cotidiana y exaltando a los «desheredados de la gloria» (Torres Nebrera, 1998: 36), muy atenta a lo popular y lo intrahistórico¹⁸. Incluso hace intervenir al juglar Pero Abad, encargado de dar noticia de la mayor gesta castellana jamás contada.

hijas del Cid y la afrenta de Corpes se narran en los últimos capítulos. En último lugar la autora nos cuenta la muerte del Cid, la pérdida de Valencia y el regreso de Jimena a Castilla.

¹⁷ Además de esta edición, el libro ha sido publicado por otras editoriales: Biblioteca Nueva, Madrid, 1968; Círculo de Lectores, Barcelona, 1993; Ayuntamiento de Burgos, Burgos, 1999 (con ocasión del IX Centenario de la muerte del Cid); Castalia, Madrid, 2004. También fue traducida al ruso en 1971 por la editorial Xypoa Anteratyva.

¹⁸ «La atención a la intrahistoria es una de las características literarias de María Teresa León. Siempre, junto a los personajes históricos, caracterizados por el brillo, la fama y el esplendor, están los personajes intrahistóricos, sin nombre propio, pero protagonistas también de la gran historia» (Estébanez Gil, 1995: 216).

La biografía está dividida en diez capítulos o secuencias encabezadas por versos del *Cantar de Mio Cid*. La historia de Jimena comienza, al igual que en el texto épico, en su madurez, en el monasterio de San Pedro de Cardeña, donde se despide del Cid que parte al exilio. María Teresa León recrea la última noche antes de la partida en la que los esposos van recordando episodios de su vida, y nos ofrece así la imagen más humana del héroe y de Jimena.

Entre los capítulos II y IV María Teresa León narra la cotidianeidad de Jimena, sus hijos y sus damas en el monasterio. La soledad provoca en Jimena el recuerdo del pasado y la reflexión sobre el paso del tiempo.

Más adelante, nos cuenta cómo el rey permite que Jimena y sus hijos se reúnan con el Cid en Valencia. Allí Jimena tiene de nuevo que adaptarse a otro tipo de vida, a otras costumbres, a otros paisajes y a otras gentes muy diferentes de la austeridad castellana. En tierras valencianas recibe doña Jimena la terrible noticia de la muerte de su hijo Diego, lo que provoca en ella y en el Cid un profundo dolor que adelanta su vejez.

Los últimos capítulos están dedicados a los años de soledad de Jimena, ya viuda, y a su papel como gobernadora de Valencia. No pudiendo hacer frente al enemigo, Jimena debe abandonar Valencia y regresar a Castilla acompañada del cadáver del Cid. Estos últimos años están llenos de recuerdos y de melancolía.

María Teresa León recrea aquí el mundo cidiano desde una visión muy personal, la del mundo interior de doña Jimena, pero no por ello la narración deja de ser verosímil. De hecho, aunque a veces se observen pinceladas de una Jimena rebelde e impetuosa, María Teresa León, para no alejarse demasiado de la verdad histórica, nos presenta a una Jimena en la que prevalecen los valores patriarcales y el vasallaje al esposo. María Teresa León tuvo muy a mano *La España del Cid* de su tío Ramón Menéndez Pidal, de donde proceden muchos de los datos que ofrece: que el Cid era un infanzón de Ubierna que desde joven vestía a lo morisco (León, 1960: 42-43, 60), la introducción del rito cluniacense y el final del mozárabe en la liturgia castellana (*ibid.* 96), la reina Constanza de Borgoña (*ibid.* 120), la prisión de Jimena (*ibid.* 89-90) los verdaderos nombres de las hijas del Cid, Cristina y María.

Pero la biógrafa no se resiste a la fantasía de la leyenda y, siguiendo en este caso la tradición literaria, incluye en sus biografías elementos novelescos. Por ejemplo, la biografía *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* parte del episodio en que el padre de Rodrigo, Diego Laínez, es humillado por el Conde Lozano, padre de Jimena. La humillación se salda con la muerte del conde a manos del Cid, y Jimena pide justicia al rey Fernando, quien decide casarla con el autor de la desdicha. Sin embargo, en la biografía de doña Jimena este episodio de leyenda es narrado como tal, pues Jimena les dice a sus hijas que entre las

gentes del pueblo, por invención de los juglares, corre la historia de que el Cid mató a su padre (León, 1960: 168).

En *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* incluye, junto a los datos históricos y toponímicos, los episodios novelescos de la niña burgalesa, el del engaño a los prestamistas judíos y el signo de mal agüero de la corneja a la siniestra. También recoge las intervenciones del Arcángel San Gabriel para dar noticia de algún hecho importante (*ibid.*: 63).

Es muy curiosa la forma en que María Teresa León relata la leyenda de los infantes de Carrión, las bodas de las hijas del Cid con ellos y la afrenta en el robledal de Corpes. Todo es en realidad un macabro vaticinio que les hace una adivinadora morisca. Y así, apoyándose en la premonición de la sirvienta mora, doña Jimena cuenta a sus hijas la leyenda de que ella era hija del Conde Lozano (*ibid.*: 165-167).

Esta biografía, de las cuatro que escribió¹⁹, es en la que la autora se muestra más a sí misma. En ella María Teresa León descubre su alma a través del personaje de Doña Jimena, puesto que elige contar la vida de una mujer que sufre el exilio. Al final, leyendo la biografía, llegamos a conocer tanto de María Teresa León como de Doña Jimena. A través de Jimena, María Teresa León cuenta la historia de las mujeres de España, la historia de quienes urdieron en silencio los grandes acontecimientos, la historia de aquellas que fueron ensombrecidas por la gloria de sus esposos. En este sentido, a María Teresa León, de la vida de Jimena le interesan fundamentalmente dos aspectos: el exilio y la fortaleza para superar las dificultades.

El personaje de Doña Jimena se convierte en el *alter ego* de María Teresa León, pues en él vuelca sus preocupaciones y sus anhelos. José Carlos Mainer (*ibid.*: 17) señala que los contenidos esenciales de esta biografía son los temas que inquietaban a María Teresa León: España, el destierro y la mujer. Por ello dice que es «una biografía que se proyecta sobre lo autobiográfico sin suplantarlo»:

El punto de vista de la narración parece fusionar la perspectiva de la protagonista y de la autora, curiosamente hermanadas. Asistimos, en fin, a una especie de *monólogo* conmemorativo de Jimena, pero *tutelado* por María Teresa León. O a una evocación de María Teresa León, oculta a medias detrás de Jimena Díaz (Mainer, 1993: 19).

¹⁹ María Teresa León escribió cuatro biografías noveladas: sobre Cervantes, *El soldado que nos enseñó a hablar* (1978); sobre Gustavo Adolfo Bécquer, *El gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer* (1946); sobre el Cid, *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* (1954) y sobre Doña Jimena (1960).

Ángel G. Loureiro apunta que además de los deberes, la soledad y los silencios, temas recurrentes en la biografía de Doña Jimena, la «obsesión con la separación, el desarraigo, la caducidad, la pérdida y la aflicción anticipa obsesiones personales similares en *Memoria de la melancolía*» (2005: 218).

Maya Smerdou Altolaguirre (2003) señala que tanto María Teresa León como Doña Jimena fueron mujeres, esposas y madres que vivieron el exilio y fueron «grandes señoras» dotadas de gran ternura y sensibilidad. Torres Nebrera se refiere también a la identificación feminista de la autora con el personaje, ambas compañeras «de exilios y avatares de toda especie» (1991-1992: 371). Incluso Aitana Alberti, al evocar el recuerdo de su madre, identifica a María Teresa León con la Doña Jimena madre y protectora del hogar:

Se perfila entonces mi imagen definitiva de María Teresa León, como madre, como escritora y como luchadora por unos ideales políticos que mantuvo diáfanos hasta las avanzadillas de la muerte. Advertí también su total dedicación a Rafael Alberti y a esa hija de la madurez, asidero que la vida le había concedido cuando todo le fuera arrebatado. Desde el punto de vista de la vida práctica, ella era la gran organizadora de la casa y la administradora de la magra hacienda [...] María Teresa León, firme como un gran árbol con su ramaje protector desplegado al viento, fue realmente nuestra señora de todos los deberes (Alberti, 2003: 23-24).

4 LAS PREOCUPACIONES DE MARÍA TERESA LEÓN

María Teresa León pone en boca de doña Jimena todas sus preocupaciones y angustias de mujer exiliada: «Doña Jimena arrastra a lo largo del libro una *melancolía* que coincide a veces con esa *memoria de la melancolía* de María Teresa» (Smerdou Altolaguirre, 2003: 94), pues ambas, madres y esposas que sufrieron estoicamente las vicisitudes del exilio, en la soledad de sus últimos años repasaron con melancolía la vida que les había tocado en suerte.

Pero el interés de María Teresa León por la figura del Cid y de doña Jimena no sólo es un acercamiento íntimo y personal con el que aliviar sus angustias. María Teresa León no escribe para hacer una exploración de sí misma, si no que escribe «para realizar el camino inverso de las tentaciones narcisistas» (Ventura, 2003: 283), es decir, su voz es la voz de toda una generación de hombres y mujeres que tuvieron que enfrentarse a la crudeza de una guerra, al exilio, a la separación, a la soledad, a la vejez y a la muerte. En su retrato colectivo, ella es un personaje más.

4.1 EL CAMINO DEL DESTIERRO

De entre todas las virtudes del héroe, María Teresa León destaca el hecho de ser un desterrado ejemplar, pero nos deja ver su lado más humano, pues, como todos los desterrados, sufre un gran dolor al abandonar su tierra. Además, el hecho de que el Cid fuera injustamente expulsado de Castilla por el rey Alfonso encuentra su paralelo en la injusticia de que fueron objeto los exiliados españoles al tener que abandonar España:

¡Gloria, gloria a estas lágrimas que recorrerán los mismos surcos de ternura eternamente!
¡Mío Cid convertido en nuestro Cid! ¡Nuestro Cid llorando al tener que separarse del rosal que dejará en Castilla! ¡Mío Cid acongojado por las puertas sin cerrojos que dejó en Vivar por donde entrará el cierzo y las aves nocturnas y la sombra de su pensamiento! ¡Mío Cid dolido por las perchas vacías, las alcándaras sin las buenas aves de presa, los vasares sin cántaros! ¡Ay, pena amarga de los desterrados que no pueden regresar por ninguna cosa que se les olvidó! ¡Nuestro Cid llorando por ese bien de todos los días y esa costumbre que se llama patria! (León, 1960: 57)

El sufrimiento del héroe por la patria perdida es una constante en la biografía:

Se dolía por los cántaros rotos, las puertas entornadas, los azores mudados, las perchas vacías, los campos yermos, los molinos mudos, las majadas sin pastor, y el rey sin buen vasallo, el marido sin amor, el padre sin hijos... ¡Todo, de pronto, roto y ciego, quebrado y mudo! [...] Le dolía España, que él llevaba, sin saberlo, en sus venas de Castilla. Así dolerá siempre el corazón a los que de ella salgan proscritos y tristes, echados de sí (*ibid.*: 63-64).

En *Memoria de la melancolía* el tema del exilio también aparece siempre desde una óptica trágica y dolorosa:

Estoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del emigrado. ¿Qué tenemos nosotros que ver con los cementerios de los países donde vivimos? Habría que hacer tantas presentaciones de los otros muertos, que no acabaríamos nunca. Estoy cansada de hilarme hacia la muerte. Y sin embargo, ¿tenemos derecho a morir sin concluir la historia que empezamos? ¿Cuántas veces hemos repetido las mismas palabras, aceptando la esperanza, llamándola, suplicándola para que no nos abandonase? (León, 1970: 97)

Más adelante, en la biografía de la esposa del Cid, María Teresa León muestra a una doña Jimena que defiende enérgicamente su amor a la patria. En las palabras de Jimena podemos encontrar la furia con la que la escritora se queja por estar lejos de su hogar:

En una ocasión, cuando el fraile leía el libro de Idiáquez: «¿Qué importa que no estés en tu patria? Tu patria es la tierra en que has encontrado bienestar y la causa del bienestar no radica en el lugar, sino en el corazón del hombre», Doña Jimena gritó altivamente: «¡Mentís, o leéis falsía!» Y aunque el buen abad trató de calmarla mientras el perplejo

monje cerraba el libro de buena piel de becerro: «Mentís, ¿quién sería capaz de traicionar el regazo de su madre?», gritó, despreciando los pergaminos godos (León, 1960: 62).

Para María Teresa León la pérdida de la patria es algo que se repite después de varias décadas. A la tragedia de abandonar España se le suma un nuevo dolor, la marcha de Argentina:

Había llegado a la ciudad [Roma] decidida a besar las fachadas [...] Años y años sintiéndose expulsada, rechazada, herida por los aleros y los balcones y los filos de las puertas y las calles asfaltadas nunca suyas y todo siempre huyéndola... Se le había caído el alma, la había perdido, la encontró diseminada y rota [...] ¿Por qué no se acababa todo, se olvidaba [...]? El último grano de la tierra española se le había caído de los zapatos. Ya no conservaba nada, ni el largo pelo rubio ni los ojos brillando en la libertad de la tarde ni las calles ni aquellas casas en donde te respondían al llamar: adelante, ni la ciudad resbalada por dentro ni el contorno de una geografía [...] Memoria para el olvido, por favor. No me dejen ante una ventana extranjera, mirando [...] Sintió terror de que le hubieran cerrado los postigos de la ventana, y de las ventanas de la vida [...] Durante años, únicamente sus amigos judíos comprendieron su soledad y hubo un momento en que creyó podría fabricarse un mundo de esperanzas, teja a teja. [...] luego sintió que la expulsaban de la sociedad como un objeto maligno [...] ¿Otra vez andar? ¿Hacia dónde? [...] Por eso, cuando apareció la ciudad, sintió deseos de besar las fachadas y las esquinas [...] Una patria, Señor, una patria pequeña como un patio [...] Una patria para reemplazar a la que me arrancaron del alma de un solo tirón (León, 1970: 79-80).

Igualmente, doña Jimena sufre primero la separación de su esposo a causa del destierro. Años más tarde, estando en Valencia, siente nostalgia por todo lo que dejó en Castilla:

Es difícil habituarse a los espacios nuevos. A veces se sorprende ordenando a sus dueñas que recosan la ropa para que dure y ríen juntas, casi sorprendidas de poder derrochar. El cambio ha sido como si a un río le ordenasen cauce distinto; así la vida de Jimena corre por otro lecho, conteniendo su preocupación (León, 1960: 169).

Sin embargo, la pena vuelve a apoderarse de ella cuando tiene que abandonar Valencia:

Siento dejar la ancha vega del Guadalquivir, por donde las sombras de mis hijos y del que en buen hora nació aún corren. Voy a perder de nuevo trozos de mi persona misma y no sabré cómo cubrirme para que no veáis la mutilación que sufro (*ibid.*: 212).

El dolor del destierro se atenúa con la esperanza que tiene el Cid de volver a su tierra una vez recuperada la honra perdida. El valor que el héroe muestra ante su desgracia ha de

ser el que sostenga a los españoles durante los años que vivan fuera de España. En su libro *Sonríe China*, María Teresa León nos habla de ello:

Pasar una frontera –la de España– puso a los españoles del destierro en trance de repetirse todos los días, al levantarse, las palabras de Rodrigo Díaz de Vivar: «¡Ánimo, Alvar Fáñez, ánimo. De nuestras tierras nos echan, pero cargados de honra hemos de volver a ellas». Y por esa esperanza, y para acumular honra, los españoles han cubierto, en los países donde fueron recibidos, su cuota de conducta y de trabajo (*apud* Torres Nebrera, 1998: 34; Prado, 2007: V-VI).

Pero no sólo la honra y el trabajo son las virtudes de los desterrados, pues en *Memoria de la melancolía* María Teresa León menciona a los exiliados españoles como los adalides de la justicia, los defensores de las leyes de la convivencia. Sólo su regreso permitirá el restablecimiento de estas leyes:

Porque todos los desterrados de España tenemos los ojos abiertos a los sueños. León Felipe aseguró que nos habíamos llevado la canción en los labios secos y fruncidos, callados y tristes. Yo creo que nos hemos llevado la ley que hace al hombre vivir en común, la ley de la vida diaria, hermosa verdad transitoria. Nos la llevamos sin saberlo, prendida en los trajes, en los hombros, entre los dedos de las manos... Somos hombres y mujeres obedientes a otra ley y a otra justicia que nada tenemos que ver con lo que vino y se enseñoreó de nuestro solar, de nuestros ríos, de nuestra tierra, de nuestras ciudades. No sé si se dan cuenta los que quedaron por allá, o nacieron después, de quienes somos los desterrados de España. Nosotros somos ellos, lo que ellos serán cuando se restablezca la verdad de la libertad. Nosotros somos la aurora que están esperando (León, 1970: 97-98).

4.2 MUJERES DE ESPAÑA: LA SOLEDAD EN TIEMPOS DE GUERRA

Doña Jimena y María Teresa León fueron mujeres fuertes de Castilla. María Teresa León quiso escribir la vida de la esposa del mito castellano, porque al hacerlo, escribía la vida de las mujeres anónimas que soportaban heroicamente el duro momento que les había deparado la historia. En Jimena puede verse el reflejo no sólo de la propia María Teresa León, sino de una generación y de unas circunstancias. Esta biografía es la epopeya colectiva de las mujeres que vivieron la guerra en primera persona. La voz de la narradora es una voz plural:

Ella no escribe únicamente para recordarse a sí misma, o para dolerse de lo vivido. Es consciente de que su escritura tiene sentido cuando marca las huellas de los que se perdieron en el camino. Escribe para que los lectores del futuro no olviden los nombres de los que vivieron y sufrieron codo a codo con ella (Ventura, 2003: 288).

En la biografía de doña Jimena, María Teresa León se interesa en muchas ocasiones por las personas anónimas que, a la vez que el héroe y los demás nombres ilustres que han quedado escritos para siempre, construyeron con sus vidas el futuro de España. En el siguiente ejemplo vemos cómo las mujeres de los mesnaderos acuden prontas a preguntar por sus familiares que están en la guerra mientras ellas aguardan:

Garcés, Hernán, Martín, Salvador. ¿Los conoces, Minaya? Los tienes que conocer. ¡No faltaba más! Si Garcés es rubio de color, si Hernán presenta de ojo a oreja una cicatriz, si Martinillo tartamudea al hablar, como el conde Pero Bermúdez; si Salvador es hijo del finado talabartero de Sotopalacios [...].

Entonces ocurrió lo inesperado. De entre el montón de arrodilladas se alzó la más antigua, la más correosa, la más plegada de arrugas, la más cubierta de vejez, y dijo:

—¿Y los muertos?

Alvar Fáñez Minaya se la quedó mirando. ¿Y los muertos? ¿Conocía él a los muertos? ¿A los Hernán, Garcés, Martín, Salvador... muertos? Enmudeció el paladín. ¿También podía él haber sido uno de los muertos? ¿Cuántos castellanos formaban ya en la hueste ululante que se aparecía cuando las nubes púrpuras rozaban la noche de la tierra? Buscó un instante Minaya la respuesta perdida y no encontrándola ordenó dar cebada a los caballos (León, 1960: 81-85).

Este fragmento evoca momentos vividos por María Teresa León en el frente con las «Guerrillas del Teatro», vivencias que recoge en su novela *Juego limpio*:

Las mujeres se acercaban más, nos interrogaban sobre algo que llevaban atravesado en la garganta: ¿El marido, el hijo? ¿Sí, dónde andarían los maridos, los hijos mientras ellas esperaban? ¿Dónde, Fernando y Pedro y Julián y Francisco y Luis? Las habían dejado solas en tierra extraña (León, 1959: 206).

El hecho de que María Teresa León se centre en la vida de Jimena, en su mundo interior, en la esfera doméstica, hace que todo el libro esté planteado desde una óptica feminista: la protagonista es una mujer, se alude a la vida cotidiana de las mujeres de los mesnaderos y, además, a lo largo de la narración se cuestiona la situación social de hombres y mujeres. Evidentemente, para no faltar a la verdad, el personaje presenta una ideología patriarcal (Balcells, 2003)²⁰.

²⁰ José María Balcells (2003: 269), al estudiar las biografías que María Teresa León escribió sobre el Cid y doña Jimena, se centra en la recreación que la biógrafa hace del personaje femenino desde una perspectiva feminista y llama a este fenómeno *recreación revisionista*: «se entiende por revisionismo la práctica de aplicar en la escritura una óptica que, amén de producir modificaciones en el legado recibido, resulta fruto de

Balcells (*ibid.*) habla de los aspectos que considera más significativos en la biografía de Doña Jimena y menciona varios pasajes donde ve asomar la ideología feminista de León: cuando muestra a una Jimena solidaria con las mujeres más desfavorecidas, con una ramera que encuentra en Burgos (*ibid.*: 97) y con «las mujerzuelas cativas» que le alzaban tórtolas (*ibid.*: 146). Pero éstos no son los únicos casos en los que la protagonista se muestra solidaria con las de su género. María Teresa León se encarga de mostrarnos a una Jimena humilde que convive y trabaja con las mujeres de los mesnaderos sin hacer alarde de su linaje:

Son las mujeres de los mesnaderos del Cid. A la par que Jimena han amasado el pan, zurcido la ropa, hilado los sayos, cuidado la hacienda, bendecido a los hijos... Sus manos son iguales de rudas y entre la señora y ellas apenas existe la diferencia del espesor de un brial (León, 1960: 81).

Y que muestra los mismos sentimientos que ellas:

Las miradas de Jimena bajan tímidas hasta su brial traspillado y ya en mal uso, hacia la pobre seda, hundida en los trabajos de sobrevivir, y cruza las manos de admiración, igual que las mujeres de los mesnaderos del Cid [...] Dentro de cada una de las arrodilladas va el quebranto de las noches de soledad junto al hambre sentada cerca, arojándola. ¡Con que moricas pulidas para las tiendas de los guerreros! ¿Y ellas? Para ellas la virtud. ¿La virtud? ¡Ah, las ocasiones perdidas, cómo ríen! Tanto ensordecen los celos que ninguna oye cómo se repartieron los corceles (*ibid.*: 84-85).

También nos habla de la soledad de las mujeres y de la solidaridad que existe entre ellas mientras esperan el regreso de los hombres:

Están muy juntas, para apoyar una en otra su dolor y bajo los monjiles sucios de las más viejas y sobre el pecho de las jóvenes se derrama ese halo de soledad que dejan en los seres humanos las noches heladas, con sombras en las cuatro esquinas del cuadrado de los recuerdos. El hombre, un día se levantó y se fue a la aventura con el caballo y las armas. Sólo quedó a la mujer el imperio del frío, aterciando a su sabor las cobijas. Algunas, las afortunadas, durante la noche abrazan a los hijos y les echan el vaho con su boca, que a veces vuelven para calentar al recental sin madre o a la cabra que se les muere. Pero ¡qué sin consuelo se les van los ojos por los techos de la memoria a estas mujeres de la soledad! (*ibid.*: 80-81).

un pulso con la tradición para replantearla desde un ángulo feminista, e invirtiendo con frecuencia distintas imágenes de la mujer construidas en el pretérito».

La soledad acrecienta la fortaleza de la mujer que, sola, tiene que ser el timón de su hogar, cuidando de los bienes familiares y educando a los hijos:

Ya está Jimena en soledad. Uno, dos, tres, cuatro puntos... Los labios cuentan y cuentan sin salirse de la cuenta, Doña María y Don Dieguito corren entre los rosales artesanos, las campanas de los rezos salpican los campos, alhajados de hojas. ¡Ah, si ese temblor del aire se callase! ¡Si la soledad pudiera ser estrujada como la pulpa de un fruto, ya que es su único alimento! Pero ha de ver y oír por el que ya no está, haciendo que el orden menor acuda al mayor, yendo del gasto de la comida al zurcido de la ropa. [...] Jimena ha de ocupar muchas horas en proteger su pobreza y atender a sus hijos, prendas vivas de su corazón (*ibid.*: 59-61).

Balcells (2003) destaca, como otro aspecto del feminismo de María Teresa León, el hecho de que Jimena, pese a ser una mujer obediente, se resista a aceptar algunos roles asignados a la mujer, pues se siente en desventaja con respecto de los hombres:

—¡Basta! —gritó Jimena—. ¡Basta!
Sin comprender el grito, Álgar Fáñez quedó un instante confuso. Jimena recogió el mal que había hecho:
—Digo que basta, porque vosotros, los caballeros, vivís y nosotras apenas respiramos, solas, muriendo (*ibid.*: 130).

María Teresa León anhela la libertad de hombres, de la que las mujeres no disfrutan:

¡Adiós, hermanas, qué gran placer ser hombre! ¡Miradme cómo me voy solo a la orilla del mar! No me importan Valencia ni León, soy yo solo mi terreno y mi patria (*ibid.*: 180).

Según Balcells (2003), el feminismo de María Teresa León puede apreciarse además en la reivindicación de la fortaleza de ánimo de las mujeres. En las biografías sobre el Cid y sobre Doña Jimena, los hombres lloran mucho más que las mujeres. Es curioso que el Cid lllore sin que esto no suponga ninguna merma de su hombría y, sin embargo, Jimena no pueda hacerlo en público, «pues no le son permitidas flaquezas a las mujeres de los héroes...» (León, 1960: 52). Hay dos únicos momentos en los que Jimena llora: uno, cuando el Cid deja a su familia para partir hacia el exilio; y otro, cuando, muerto el Cid, Jimena abandona Valencia. En esta ocasión Jimena no llora desconsoladamente, sino que deja escapar con estoicismo una lágrima: «La gran señora se abandona al paso de su hacanea blanca y siente cómo se le desprende la única lágrima que antes no vertió y que el brial dorado sorbe» (*ibid.*: 218).

El episodio de Raquel y Vidas experimenta en la biografía de León algunos cambios en los que Balcells (2003) ve un marcado acento feminista. Mientras el Cid y Martín Antolínez se ríen por el timo a los prestamistas judíos, Jimena se muestra reacia al engaño,

pues teme que el honor del héroe quede en evidencia y, además, ve en ello un abuso de la buena fe de los judíos. Esta acción, piensa Jimena, los desacredita como caballeros.

El pensamiento íntimo de la mujer, sus sentimientos y deseos, a veces contradictorios, también son plasmados en doña Jimena. La reflexión acerca de la soledad, el amor, el deseo, los celos, la vejez y la memoria convierte a doña Jimena en una mujer de carne y hueso que traspasa el umbral de la Edad Media para emplazarse en la actualidad. María Teresa León insiste, como lo hará también en su *Memoria de la melancolía*, en la importancia de recordar y de no olvidar:

De pronto, le dio miedo ese olvidar lo sufrido con tanta facilidad, achacándolo a su condición de mujer. Le apenaba despojarse con tanta prisa de los días amargos para hundirse locamente en la esperanza (*ibid.*: 100-101).

O nos presenta a una Jimena que siente deseos ilícitos por Minaya:

Hubiera deseado ser una de sus doncellas y llevar en sus manos el pretexto de un cantarillo para ir a buscar agua de luna a la fuente, hubiera... Se clavó las uñas. El guerrero del Cid se iba ribeteando de luz. Jimena se sintió resbalada hacia los tiempos del amor, ¡ay, tan cegados! Sentía brotarle impacencias de las uñas, de la raíz del pelo, del alma. ¿Qué mes tramposo era éste y qué luna aquella como un clavo de otro tiempo en el cielo? [...] Cuando Jimena se recostó para dormir ya quedaba tranquilo su corazón bajo el brial y únicamente sus manos temblorosas hablaban aún de los sueños embusteros de la carne (*ibid.*: 130).

En otro pasaje narra el miedo de Jimena ante la pérdida de la juventud y la belleza:

Jimena se asoma a ver los límites de la tierra de Castilla y siente miedo. ¿Qué habrá enfrente? Teme por lo desconocido y por el que la ha de mirar. Teme porque su frente está despoblada y sus labios ya no recuerdan los rubies. No se dice fácilmente adiós a la belleza. El espejo falaz ha dejado de serlo y canta verdades claras difíciles de resistir. No le gusta sollozar y se endurece, pero cuando comienzan las músicas a subir hasta el castillo, la gran señora es ya la amiga de una pena que se llama vejez (*ibid.*: 131).

Y más adelante Jimena reflexiona sobre la inferioridad de la mujer:

Jimena quisiera dejar a un lado el alma llena de memorias y aprieta los labios para no dejar escapar su pensamiento. Quisiera preguntar a cada uno: «¿Cómo me encontráis? El tiempo, ¿me ha desvaído el color? Mis ojos ¿no son ya pequeñas estrellas entre espinos? Y mi talle ¿ha dejado de ser gentil? ¿Ya no seré para Rodrigo de Vivar el dechado de la hermosura? ¿Compartió alguien la cama belicosa de las noches enamoradas? Caballeros, si eso ocurrió, volvedme a morir a mi Cardeña. Dicen que la costumbre de los moros es multiplicar esposas detrás de los muros infranqueables, dicen que los rostros de sus mujeres se cubren a medias para que los ojos muestren falaces hermosuras; dicen que es fácil comprarlas y

venderlas y canjearlas por borriquillos y hasta por un sorbito de agua. ¡Qué poco son! Pero ¿somos nosotras más?» (*ibid.*: 134).

María Teresa León describe en esta biografía la pena del exilio, la soledad de la mujer, la pérdida de su juventud y su belleza, su fortaleza, su papel de amante, madre y esposa, su capacidad de trabajo, de superar dificultades, etc. Y todo encarnado en el personaje de doña Jimena, una mujer virtuosa, valiente y fuerte, que pudiera haber vivido en cualquier época y que lleva auestas las penurias de las mujeres que soportaron una situación similar durante la guerra civil.

En *Memoria de la melancolía* hay un pasaje en el que María Teresa León reflexiona sobre lo que representaron para ella las figuras del Cid y de doña Jimena, pasaje que bien podría servir como colofón a este trabajo:

No sé por qué pienso en aquellas mujeres a quienes la ausencia de sus hombres de España había dejado en tanta soledad como a Doña Jimena, desolada y triste, en medio de Castilla dejó el destierro del Cid Campeador [...] ¡Cuántas mujeres españolas se quedaron así una mañana cualquiera de su vida cuando los hombres se dispersaron! También doña Jimena se quedó sin Rodrigo, un Rodrigo rebelde, un Rodrigo que nos representará a todos siempre cuando haya que hacer respetar –como él hizo al rey– los derechos del pueblo de España. ¡Jimena en soledad! Jimena rehén encarcelado, Jimena dejando pasar noches y auroras sin gemir porque había de ser tan fuerte como el que *en buen hora nació*, el desterrado. Hasta que un día llegaba una carta. Venía de México, de la Argentina, de Chile... Ven. Ven, mujer con los niños. Venid a recomenzar la existencia. Atravesaréis el mar. Doña Jimena llegó hasta el mar de Valencia y lo miró con asombro y Rodrigo le ofreció un reino a cambio de su valor para criar los hijos y cuidar la hacienda. Los desterrados españoles, también a su manera, habían conquistado un reino y lo ofrecían a las mujeres que dejaron con los hijos en el anca o en el vientre, hijos que ellas hicieron crecer altos sólo con un poquito de pan y sus trabajos. Por ellas, cuando fui escribiendo la vida de doña Jimena Díaz de Vivar, sentí junto a mí a las mujeres de mi casta para que las escuchasen. Siempre ha ocurrido igual, ¿comprendéis? Siempre ha habido que luchar contra los que nada entienden de los derechos de los hombres honrados, y los hombres honrados tenían que alejarse para conquistar de nuevo la vida, toda hecha de trabajos, en lugares lejanos e inhóspitos. En esta dispersión española le ha tocado a la mujer un papel histórico y lo ha recitado bien y ha cumplido, como cumplió Doña Jimena, modesta y triste. Algún día se contarán o cantarán las pequeñas historias, las anécdotas menudas, esas que quedan en las cartas escritas, a veces, por otra mano, porque no todas las mujeres españolas saben escribir... Y se contará la pequeña epopeya diaria, el heroísmo minúsculo de los labios apretados de frío, del hambre, de los trabajos casi increíbles. Esto fue capaz de hacer mi madre, dirán algunos hombres. Así crecí. Crecí con sabañones en los dedos que sólo el aliento de mi madre curaba. Cuando crecí, yo le leía las cartas de mi padre. Estaba lejos. Nos decía que ahorra

para nuestro viaje. ¡Qué va a ahorrar!, decía mi madre. ¡Con lo que le gusta vivir! Pero ahorró y un día... Así he ido escuchando las penas ajenas como propias y he salido a recibir a las mujeres que llegaban a Buenos Aires y encontraban al marido tan cambiado que les daba una inmensa vergüenza sus ropas pueblerinas. Se comían las lágrimas. ¡Cuánto me he mareado en el mar! ¡Qué vieja estoy!, ¿no? Y dejaban caer sus miradas como hojas secas sobre tantas cosas desconocidas como las estaban esperando. Otras llegaban fruncidas, silenciosas. ¿Conque tuvo otro hijo...? ¿Con que vivió con otra mujer? No sé para qué vine. Le dejo los hijos y me vuelvo. Para morir más vale la tierra de uno. Pero no volvían porque perdonaban, porque ya habían pasado todas las pruebas, todos los infiernos y no había que añadir uno más. Un hombre es un hombre, ¿Verdad, María Teresa?

Pensé en doña Jimena, ese arquetipo de mi infancia, que yo había visto en San Pedro de Cardeña, de Burgos, tendida junto al señor de Vivar como su igual y tejí mis recuerdos de lecturas, de paisajes, de horas vividas para apoyar en Doña Jimena las mujeres que iban pasando ante mis ojos. Llegaban con sus cestillos al brazo, con sus pañuelos en la cabeza y se encontraban. – Jimena bajó de su hacanea. Rodrigo la recibió en sus brazos. – No tengas miedo, mujer, tu estatura es más alta que la del hombre que te está esperando. Tú eres el fundamento, la fuerza, la madre. – Rodrigo decía a Jimena: Ven a ver el mar que nunca has visto. – Sí, ven a ver el mar y luego no preguntes, siéntate y vive. ¡Qué fácil era decirlo, pero hacerlo...! Mujeres de mi casta, ¿cómo no echar sobre los hombros de Francisco Franco la acusación de vuestros labios secos, fruncidos para siempre? (*ibid.*: 430-433).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERTI, Aitana (2003), «María Teresa León: Nuestra señora de todos los deberes», en M. Smerdou Altolaquirre (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*. Jornadas celebradas en Madrid, Casa de América, 26 y 27 de marzo, 2003, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 15-26.
- ALBERTI, R. y LEÓN, M.T. (1958). *Sonríe China*, Buenos Aires: Jacobo Muchnik.
- BALCELLS, José María (2003), «María Teresa León y la recreación revisionista. (La materia cidiana revisada)», en G. Santoja (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 269-282.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier (2001-2002), «El *Poema de Mío Cid* y su proyección artística posterior (Ficción e imagen)», *Estudios Románicos* 13-14: 59-85.
- ESTÉBANEZ GIL, Juan Carlos (1995), *María Teresa León. Estudio de su obra literaria*, Burgos: La Olmeda.
- (2004), «Bibliografía de María Teresa León», *María Teresa León: Memoria de un compromiso*, Burgos: Instituto Castellano y Leonés de la lengua, 147-165.

- (2007), «Preliminar», *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, Burgos: Gran Vía, IX-XXIX.
- FUENTE PÉREZ, María Jesús (2008), «Los pilares del poder. Mujeres en torno a héroes medievales», en G. A. Franco Rubio y F. Llorca Antolín (eds.), *Las mujeres entre la realidad y la ficción: una mirada feminista a la literatura española*, Granada: Universidad de Granada, 59-96.
- FRANCO RUBIO, Gloria (2008), «Historia y narración histórica. Algunas reflexiones», en G. A. Franco Rubio y F. Llorca Antolín (eds.), *Las mujeres entre la realidad y la ficción: una mirada feminista a la literatura española*, Granada: Universidad de Granada, 17-37.
- GARCÍA LORENZO, Luciano (1978²), «Prólogo y edición», *Las mocedades del Cid*, Madrid: Cátedra, 11-52.
- LEÓN, María Teresa (1926), «Temas de ayer y de hoy. Nuestra epopeya», *Diario de Burgos*, 1.
- (1928), «Una hazaña del Cid», *María Teresa León en la Argentina de 1928. Vida-Obra*, Buenos Aires: Editorial Gear, 133-136.
- (1928), «El país de la epopeya», *María Teresa León en la Argentina de 1928. Vida-Obras*, Buenos Aires: Editorial Gear, 165-172.
- (1928), «El monumento al Cid», *María Teresa León en la Argentina de 1928. Vida-Obras*, Buenos Aires: Editorial Gear, 149-152.
- (1959), *Juego limpio*, Madrid: Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid, Visor Libros, 2000.
- (1960), *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, en M. Smerdou Altolaquirre (ed.), Madrid: Castalia, Biblioteca de Escritoras, 2004.
- (1970), *Memoria de la melancolía*, en G. Torres Nebrera (ed.), Madrid: Castalia, 1998.
- LÓPEZ CASTRO, Armando (2008), «El Cid en la literatura española a partir de 1939», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica* 33: 455-467.
- LOUREIRO, Ángel G. (2005), «María Teresa León. Las ruinas de la memoria», *María Teresa León: memoria de la hermosura*, Madrid: Fundación Autor. Iberautor Promociones Culturales, 203-227.
- MAINER, José Carlos (1993), «María Teresa León y Jimena Díaz», *Doña Jimena Díaz de Vivar. Gran señora de todos los deberes*, Barcelona: Círculo de Lectores, 7-26.
- MARTÍNEZ DíEZ, Gonzalo (2010), «Entrevista realizada por Patricia Ansótegui el 3 de marzo de 2010 para *Camino del Cid*». Disponible en <http://www.caminodelcid.org>. [Consultado el 26 de junio de 2013].
- MATA INDURÁIN, Carlos (2009), «Del destierro al exilio: la mirada de Rafael Alberti al mito del Cid («Como leales vasallos», *Entre el clavel y la espada*)», *Ars bene docendi. Homenaje al profesor Kurt Spang*, Navarra: Universidad de Navarra, 391-404.

- MATEOS, Eladio (2001), «El segundo destierro del Cid: Rodrigo Díaz de Vivar en el exilio español de 1939», *El Cid: Historia, literatura y leyenda*, Madrid: Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 131-146.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1967⁶), *La España del Cid*, Madrid: Espasa Calpe.
- NAVAS OCAÑA, Isabel (2008), «Lecturas feministas de la épica, los romances y las crónicas medievales castellanas», *Revista de Filología Española* LXXXVIII: 325-351.
- PRADO, Benjamín (2007), «Prólogo», *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, Burgos: Gran Vía, III-VIII.
- RATCLIFFE, Marjorie (1981), *The role of woman in Medieval Spanish history and epic literature: Jimena, wife of Rodrigo*, Tesis doctoral, Univeristy of Toronto.
- (1992), «Jimena: Historia y ficción», *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Alcalá: Universidad de Alcalá 1992.
- RIQUER, Martín de (1994¹⁴), «Introducción», *Cantar de Mio Cid*, Madrid: Espasa Calpe, 9-34.
- SMERDOU ALTOLAGUIRRE, Margarita (2001), «María Teresa León y doña Jimena, señoras de todos los deberes», *El Cid: Historia, literatura y leyenda*, Madrid: Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 125-130.
- (2003), «Las biografías noveladas de María Teresa León», en M. Smerdou Altolaguirre, *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*. Jornadas celebradas en Madrid, Casa de América, 26 y 27 de marzo, 2003, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 91-98.
- (2004), «Introducción», *Doña Jimena Díaz de Vivar. Gran señora de todos los deberes*, Madrid: Castalia, Biblioteca de Escritoras, 9-32.
- TORRES NEBRERA, Gregorio (1991-1992), «María Teresa León: los espacios de la memoria», *DRACO. Revista de literatura española* 3-4: 349-384.
- (1998), «Introducción biográfica y crítica», *Memoria de la melancolía*, Madrid: Castalia, 7-63.
- VENTURA, Lourdes (2003), «María Teresa León: de la subjetividad a la ética de nombrar a los desterrados», en G. Santoja (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 283-293.